

Santos Juliá: 'Manuel Azaña. Una biografía política'

Manuel Tuñón de Lara

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Coincide con la celebración del cincuenta aniversario de la muerte de Manuel Azaña la publicación de este libro del que es autor Santos Juliá. No es nuestro colega un neófito en este género de estudios. Desde sus *Orígenes del Frente Popular, 1934-1936* (1979), hasta sus comunicaciones en los coloquios de Cuenca y Montauban en 1990 y su participación en el *Homenaje a Azaña* editado por el Ministerio de Cultura, así como su ponencia en el Coloquio de Alcalá (1987), en el libro *Socialismo y guerra civil*, editado por la Fundación Pablo Iglesias en 1987 (y esto para no hacer sino un muestreo), nuestro colega tiene bien demostrados su saber y capacidad de reflexión en torno a este tema. Viene en buena hora esta obra (que el autor con discreción de aire británico subtítulo *Una biografía política de Azaña*) a confirmar la impresión de quienes ya conocíamos los textos antedichos, de que nos hallamos ante una aportación fundamental a la historia contemporánea de España... y nada digamos en cuanto supone un salto cualitativo en el género biográfico entre nosotros.

Se trata, en efecto, de una biografía política de la que podría decirse que es casi exhaustiva, si no fuera porque deja al lector con la miel en la boca al quebrarse (que no terminarse) al acceder Azaña a la presidencia de la Repú-

* Santos JULIA, *Manuel Azaña. una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, 506 pp.

blica. Y decimos lo de exhaustiva porque no se va por los aledaños para pedir ayuda a otros sectores de la historia; es una historia política que se "retroalimenta"; y, por consiguiente, con una gran carga humana y a la vez, un fino análisis de los hombres, de sus agrupaciones políticas y de sus relaciones con el Poder. En el centro un hombre, puesto que de biografía se trata; y un hombre con una vocación no sólo política sino de estadista que por ser largo tiempo sofrenada, acabó por dominar a ese segundo "yo" de Manuel Azaña deleitado en la creación literaria o en la simple lectura y hasta en el esparcimiento candoroso de todo cuanto de bello y bueno ofrece el cotidiano vivir.

Porque Azaña, como todo hombre de reflexión, era un nudo de contradicciones y un "Yo" que tenía que pugnar para dominar al otro.

Santos Juliá ha acertado perfectamente a "interiorizar" el personaje y a analizar el hombre y su entorno; ha utilizado todas las fuentes existentes a las que consiguió llegar, pero no se ha servido de artificios exteriores. La biografía va insertando, con rigor cronológico -que me parece loable- los tramos de esa vida en que pasión y razón rayaron a gran altura; al relatarla nos damos cuenta de cómo fue la historia de un país, la España de la primera mitad del siglo XX. El personaje interiorizado al entrar en contacto con esa historia va labrando poco a poco su compromiso, primero intelectual, luego político; y no me refiero al decenio de experiencia política en el reformismo "melquiadista", sino a su ruptura con éste, frente a la dictadura, la experiencia del final de *España* y su *Apelación a la República*.

Ciertamente, no se detiene Santos Juliá en la etapa que Marichal ha denominado "Apología *pro Gallia sua*", el triple y profundo encuentro de Manuel Azaña con la realidad de la "Troisième République Française", antes, durante y después de la primera guerra mundial. De seguro que el autor nos dirá, y no sin razón, que apenas había traspasado entonces Manuel Azaña las lindes del territorio político. Lo que ocurre es que los basamentos del proyecto político de Azaña se hallan ya en el impacto que su receptividad acoge entre los veintiuno y treinta años (1911-1920). La Francia republicana de finales de un siglo y comienzos del otro, la que aún se estremecía con los coletazos del "affaire Dreyfus", inspiró a Azaña las bases de su proyecto de Estado; soberanía nacional basada en el sufragio universal, y en la práctica parlamentaria, secularización de todos los actos y servicios de la vida civil. Sin duda, el pensamiento de Azaña sobre estas y otras cuestiones, así como la manera de acercarse a su praxis, son suficientemente analizados a través del apretado texto de casi quinientas páginas de Santos Juliá para que esta observación se quede en eso, sin llegar a ser un reparo.

Y es que S. Juliá tenía ganas de llegar al cogollo del tema, a la Segunda República. Y esto nos da la clave para interpretar y leer este libro; porque sin la coyuntura histórica de la República que le tocó protagonizar, Manuel Azaña habría entrado en la Historia como un escritor de prosa limpia y sólida, un estudioso de Valera, de Ganivet, Costa y tantos otros, director de revistas prestigiosas, crítico y renovador de la llamada "generación del 98" y, sin duda, como creador de un grupito intelectual, "Acción política", adversario de la dictadura de Primo de Rivera y firmante del manifiesto de Alianza Republicana en 1926. Ahora bien, sin la presencia y protagonismo de Manuel Azaña en la política española durante lo que podríamos llamar "La era de la II República" no podríamos comprender nada de ésta. Ante la Historia apenas hay Azaña sin II República, pero desde luego ésta última no existe sin Manuel Azaña.

Así que es lógico y plausible el deseo de Santos Juliá de zambullirse en el tema. No lo hace sin antes situar con precisión la acción de Manuel Azaña en el arco del tiempo que va desde el cierre de la revista *España* (1924) hasta el 14 de abril de 1931 y la formación del gobierno provisional. Larga etapa de conspiración republicana, en la que no faltan "baches" de desánimo y de soledad, pero que también es la de la publicación de *El Jardín de los Frailes* y en la que escribe "de un tirón" su obra dramática *La corona*. Es también la época de su gran amor de madurez, que será el definitivo y culminará en febrero de 1929 al desposar a Lola de Rivas Cherif en la madrileña iglesia de los Jerónimos.

Con el cambio de régimen en 1931, el análisis de Santos Juliá entra en una fase de elaboración conceptual particularmente interesante: el autor sigue "interiorizándose" en su protagonista, cambia Azaña su discurso ya cercano el cambio de régimen y define a la República ya inminente como «revolución popular». ¿Por qué? *Porque el sujeto de la revolución es el pueblo*. ¿Quién es el pueblo? «El pueblo no es en el siglo XX cualquier forma de masa indiferenciada, sino la conjunción de clases sociales articuladas en torno a un proyecto político». El concepto de pueblo se presenta, desde luego, algo dilatado, al mezclar patronos y clases medias, aunque se supone que esos patronos no son los burgueses denostados líneas antes como «burguesía de negocios, uncida al carro de la monarquía».

Sabido es que esta conceptualización de burguesía tropieza siempre con algunas ambigüedades e imprecisiones sociológicas, porque como concepto histórico y social es movedizo en el tiempo y en su estructura formal. Pero no creo que sea cuestión de formalizarse sobre ello. Y la idea de revolución

popular, revolución política y social se entiende, es bastante afortunada. S. Juliá comenta oportunamente que «las clases medias de los años veinte, aún si culturalmente se consideran burguesas, no están vinculadas económicamente a la burguesía». Más adelante el autor precisa: «son abogados, catedráticos, periodistas, escritores, médicos y funcionarios, es decir, miembros de una clase media urbana que viven del ejercicio de su profesión libre o del sueldo del Estado, pero que carecen de vínculos económicos con empresas capitalistas y medios financieros».

El proyecto político de Azaña suponía «derrocamiento del entero Estado monárquico, del Estado en cuanto complejo de poder político, con sus cimientos, sus apoyaturas y su andamiaje» (p. 74). Eso, con lo que significaba de cambio de estructuras políticas, era ya una *revolución popular*, que superaba completamente los proyectos vagorosos del republicanismo "histórico", radicalizaba la visión del porvenir, pero al mismo tiempo, se quedaba en los límites de lo que solía entenderse por "revolución social" al estilo dominante del anarcosindicalismo y, desde luego de "democrático-burguesa" ideada por Manuillski en la I.C. y servida por sus "instructores" a Bullejos y demás dirigentes del pequeño P.C. de España.

Esta concepción de la República implicaba una nueva y audaz estrategia, cuyo señalamiento y caracterización es, a mi modesto entender, uno de los valores más acusados de la obra de Santos Juliá. Este dice: «Al integrar al proletariado como clase diferenciada en el pueblo revolucionario, Azaña realiza una aportación teórica y práctica fundamental al movimiento republicano que crece incontenible en 1930» (p. 83).

Dice también S. Juliá que «en el siglo XX no era posible rescatar la libertad ni establecer un Estado democrático sin garantizar a la clase obrera un lugar en la tarea común» (Ibid.). Y esto es para mí más importante que el uso de la palabra "revolución", que bien puede haberse introducido en el discurso de Azaña de 1930 hasta mediados de 1931 por una pulsión emotiva o también (¿por qué no decirlo?) por la prodigalidad para servirse de ese término que domina el discurso político durante el primer tercio del siglo XX. Lo importante era la creación de un Estado democrático y moderno por una alianza, bloque (concepto éste que implica mayor solidez y duración) de clases sociales, de la que sólo estaría excluida la «corta oligarquía de hombres entendidos en la administración y los negocios (que) acaba por anexionarse el Estado» (p. 73), «la clase burguesa base del moderantismo».

Dejemos de lado todo cuanto haya de anecdótico y hasta de decimonónico (de un XIX todavía muy próximo) y habrá que convenir que Manuel Azaña

había integrado en su proyecto político la principal clave estratégica para la modernización (democrática, se entiende) de España.

Pero este Azaña, que había meditado mucho sobre el Estado necesario para España, no había "tocado" jamás poder. Apenas lo vislumbraba en aquellos borrascosos meses del invierno de 1930 a 1931 donde la soledad abría a veces las puertas del pesimismo. Tenía que venir la experiencia del Poder (me refiero al bienio 1931-1933 y a la primera mitad de 1936) para que la experiencia, la práctica del ejercicio del Poder, le reafirmase en su estrategia, limando tal vez aristas verbales, pero completando su proyecto. Evidentemente, no podemos glosar el libro de Santos Juliá página tras página, pero su apretado análisis y sus reflexiones van enriqueciendo su contenido a medida que se avanza en la lectura.

La experiencia del poder

El poder de la palabra, oral o escrita, con ser mucho, sufre grave quebranto al contrastarse con el Poder por antonomasia, esto es, el poder político. Porque éste es poco o nada si no consiste en que cada decisión adoptada por su titular, individual o colectivo, sea aplicada puntualmente por los organismos encargados de ello. Otros, antes y después de Azaña, pasaron por la dura prueba de ocupar un Poder cuyas palancas de mando no sirven, enorme distancia del trayecto entre lo mandado y lo obedecido como comentaba él mismo.

Y aunque de ello se quejase, no siempre ocurría así, porque los problemas eran de más fondo. Sus reformas militares fueron hechas por decretos fundamentales entre abril y mayo de 1931. Empezó la realización de un proyecto bien meditado para reorganizar el ejército, integrarlo en la normativa general del Estado democrático, dotarle de eficacia, y suprimir en él cuanto había de lastre, privilegios e incluso rutinas. Sus proyectos de decretos fueron aprobados por el Consejo de Ministros; por otra parte, él mismo como ministro tenía capacidad y competencias para decidir en un radio de acción muy amplio.

Empezó por derogar la Ley de Jurisdicciones, aplicando el principio de igualdad de todos los españoles ante la ley. Sigue el decreto de retiros destinado a aliviar la carga del excesivo número de generales, jefes y oficiales. Luego la supresión con carácter retroactivo de los ascensos por "méritos de guerra" que Primo de Rivera había concedido, lo que causó que muchos generales (entre ellos Franco) fuesen retrogradados en el escalafón y acarreoó no pocos descontentos. No vamos a insistir ni a detallar; el libro revela la absoluta

limpieza del procedimiento pero también deja traslucir la ingenuidad de muchas medidas. Porque cuando se mantenía a Goded de Jefe de Estado Mayor, a Sanjurjo de Director de la Guardia Civil, enemigos notorios del régimen republicano (los tres Inspectores generales, por ejemplo, y el general jefe de la primera división orgánica) equivalía a atarse de manos para que las decisiones no fueran ejecutadas en un medio mayoritariamente hostil.

Santos Juliá aprecia esta experiencia de Azaña en el Gobierno y más aún todavía en su cara externa, es decir ejemplificadora, donde enseña cómo se gobierna una democracia. Y no está dispuesto a ceder la gobernación del país porque la oposición se agite y alborote, porque le diga en el Parlamento o en la prensa y mítines que le ha llegado la hora del relevo, que su gobierno está agotado (¡A los siete meses de elegirlo!), «y pretendan que abandone el gobierno simplemente porque les estorba» (p. 155).

Azaña cree firmemente que basta con la razón y la palabra para gobernar y de ello da ejemplo. Y dice, con la Constitución en la mano: este gobierno se mantendrá hasta cumplir su programa, a no ser «que nos derroten en el Parlamento o que el señor presidente me retire su confianza. El Parlamento que representa la soberanía nacional o el jefe del Estado son los únicos con autoridad y poder legal para determinar el cese del Gobierno». Doctrina democrática que no se cansa de repetir, llegando hasta el sarcasmo: «y si no os gusta no hay más que derrotarnos: es un gobierno que da toda clase de facilidades para ser derrotado».

Pero no es sólo eso. No bastaba con la elegancia de la práctica democrática. Gobernar era mucho más; era acorazarse contra las insidias y falsedades que se lanzaban contra él (por cierto, ¡qué bien desmonta Santos la calumnia que ha tenido larga vida a través de las plumas que se nutrieron en las sentinas del franquismo, la de "triturar al ejército", frase nunca pronunciada y sí fabricada e interpolada en el texto de un mitin suyo en Valencia!). Gobernar era también repeler lo que tal vez adjetivando con una miaja de tremendismo llamó «formidables olas de insurrección» ¿Qué? ¿La revolución social con que soñaban los de la FAI y buena parte de la CNT?

Juliá señala con tino que Azaña se refería cuando habló así a los militares sublevados de la Sanjurjada y la noche del Diez de Agosto. Pero más atinado está todavía Santos al relacionar esta referencia con la cadena de actos de violencia unidos a la huelga general de Sevilla el verano de 1931, la insurrección, por cierto bastante pacífica, de Figols, pero sobre todo, al «contenido potencialmente insurreccional de las huelgas alentadas por los sindicalistas». Tan verdad es esto que la huelga de metalúrgicos barceloneses en el verano de 1931

amagó con convertirse en el pórtico de una guerrilla urbana. Sin embargo, queda claro cómo Azaña salió limpiamente, con la ley en la mano, y sin duda con la razón, de semejantes conatos insurreccionales.

Estas quimeras de "revolución social" fueron más serias cuando ya era jefe del Gobierno, y no sólo ministro de la Guerra; fue cuando el golpe de fuerza desatado por la F.A.I. en enero de 1933 que condujo en el pueblecito de Casas Viejas a una execrable matanza de campesinos por la fuerza pública que sirvió a la derecha, a la extrema izquierda y a la oposición lerrouxista para cargarle todas las culpas al jefe del Gobierno... que sólo conoció la verdad desnuda de los hechos dos meses después de haber sucedido. Lo cual no prueba sino un hecho que para mí es evidente: la inexperiencia política de Manuel Azaña siempre que se atravesaron en su camino los aparatos de Estado: los guardias civiles en Arnedo y Yeste, los de asalto con el comandante Rojas en Casas Viejas... y, desde luego, el Ejército.

Un destino implacable lo enfrentó, mal a su pesar, con un aparato de Defensa castrense, deformado por un pasado reciente de monarquía militarista, de derrotas coloniales, de suplantación del poder civil y alejamiento geográfico de éste, de luchas intestinas por un lado y de cerrada endogamia por otro, de pronunciamientos y bravatas políticas, que le habían creado una serie de complejos difíciles de conllevar. Para una mayoría de esos militares fue un golpe duro el nombramiento de un hombre civil, y por si fuera poco escritor y ateneísta, a la cabeza del ejército.

Santos Juliá traza con mano maestra la turbia historia de rencores, de calumnias y de soberbia mal contenida que se gestó en los cuartos de banderas contra Manuel Azaña y que estalló, por primera pero no última vez en agosto de 1932. Entonces se produjo un fenómeno nuevo en la mentalidad de jefes y oficiales que Santos Juliá ha sabido captar:

«En la primavera de 1931, el clima de exaltación política y social tomó para algunos jefes y oficiales en funciones de vigilancia policial, la forma de una amenaza de comunismo, palabra que designaba entonces una amplia variedad de fenómenos, desde la indisciplina de una tropa sensible a la propaganda anarquista hasta las huelgas o la mera existencia de sociedades obreras, que comenzaron a proliferar en los más apartados rincones de la España rural. Los generales, responsables últimos del orden público y de la unidad patria, comenzaron a inquietarse por lo que consideraron bolchevización de la tropa y por un programa de reformas situadas fuera de su control, que tendían a reducir su masiva presencia en la vida política y, con ella, a debilitar, o así lo creían, la columna sobre la que sustentaban el orden y la unidad de la nación» (pp. 175-176).

Azaña aprovechó la amplia onda de emoción republicana que atravesó España tras el fracaso del golpe del 10 de agosto para conseguir que las Cortes votasen en medio del entusiasmo el Estatuto de Cataluña y la Ley de Bases de la Reforma Agraria, dos objetivos prioritarios del proyecto republicano de gobierno. De un solo golpe consiguió deshacer la tenaz obstrucción de los diputados de la derecha realizada hasta entonces con perseverancia digna de mejor causa. Santos Juliá explica cómo Azaña se había convencido de que la política jacobina centralizadora había sido un fracaso, cuando se intentó en el Estado liberal del siglo XIX (¿pero dónde estaría el jacobinismo?), y de que la República había encontrado la nueva realidad política que era el deseo de autogobierno de las regiones. No era partidario de los nacionalismos sin más, por democráticos que se pretendiesen; la fórmula de las autonomías regionales integradas en el Estado español le parecía la mejor solución de ese viejo problema.

Las cuestiones de Estado. Relaciones con la Iglesia

Manuel Azaña no veía la política tras el prisma de un partido, aunque fuera el suyo, sino del Estado. Por eso sus actitudes y sus concepciones, sobre todo desde 1931, son las de un estadista. «A mí lo que me interesa es el Estado», dice en la dramática sesión en que se debatía el artículo 24 de la Constitución, que al final resultó ser el 26; debate sobre "la cuestión religiosa", inadecuada expresión empleada hasta la saciedad por los españoles (pueblo y clase política) para referirse a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Pues bien, Azaña sintió siempre respeto hacia la religiosidad -nos explica Juliá- tanto en lo que respecta a la conciencia íntima de las personas, como ante «los espacios sagrados». Nuestro autor llega a decir que se trata de un «tipo de religiosidad cercano al panteísmo místico». Pero en su elaborada toma de conciencia de «la cuestión española» (a la que no es ajena, no nos cansamos de repetirlo, el ejemplo francés), Azaña se dio cuenta del papel histórico desempeñado por la Iglesia en España, de sus vínculos con el Poder tradicional, de su ingerencia hegemónica en la educación, de sus cortapisas, de una u otra forma a la soberanía del Estado; asienta Juliá el principio azañista de que no se trata de un problema religioso sino de un problema de constitución del Estado, de relación con la Iglesia, que partía de una realidad; que «la Iglesia no informaba ya la cultura española, que vivía de espaldas a la clase obrera». Esa es la raíz y la explicación de su frase «España ha dejado de ser católica», que respondía a un juicio maduro y no a una anticlericalismo

visceral, utilizada "fuera de texto" por clero y derecha hispanos para decir, poco más o menos, que el jefe del Gobierno tenía propósitos satánicos.

Azaña había visto claro que el problema de Estado en cuestión iba unido a la necesidad de impedir que el clero, «que tiene la obligación de enseñar en el orden de las ciencias morales y políticas, *lo que es contrario a los principios en que se funda el Estado moderno*», sea quien eduque a la juventud, quien prepare los cuadros intelectuales de la clase media, quien se ingiera en numerosos servicios de orden civil. No era por antirreligiosidad, ni por sectarismo, sino sencillamente por cuestión de Estado.

Con una serenidad sin par, don Manuel saltó literalmente sobre el debate, deshizo las demagógicas proposiciones radical-socialistas (que al principio contaron con el beneplácito socialista) y, una vez más sólo por la fuerza de la palabra y la razón impuso "su" solución, que excluía a las órdenes religiosas de la posibilidad de ejercer la enseñanza, pero no prohibía a ninguna de ellas, excepto a la Compañía de Jesús, que pagó con semejante contratiempo, que por lo demás no le acontecía por vez primera, para salvar así a todas las demás. No se lo agradecieron mucho a Azaña, que había cometido el "pecado" de expresar razonadamente su punto de vista político. Eso no obsta para que pensemos que la frasecita en cuestión fue una falta de tacto (que a veces puede ser una falta política).

La contraofensiva de la Iglesia no se hizo esperar; Santos Juliá la define como «la irrupción del catolicismo como fuerza política diferenciada, con una organización y un programa propios y disfrutando de la alta asistencia de la jerarquía eclesiástica española y romana»; la táctica a emplear figuraba en la misiva de Vidal i Barraquer a Pacelli del 28-XI-31, que Juliá considera fundamental para conocer la réplica de la Iglesia a la Constitución. Señala igualmente que esta irrupción del catolicismo político, «problema radicalmente nuevo... no mereció de Azaña el detallado análisis que solía dedicar a todo lo que rozara la solidez de las instituciones republicanas y la solidez del Estado».

Esta apreciación es muy justa y nos hace reflexionar sobre lo que puede que fuera una sobrevaloración de Azaña en cuanto a las posibilidades del Estado para imponer su autoridad (siempre la irreductible confianza en la razón).

El cambio cualitativo era de talla, por cuanto fue seguido de cerca por la constitución de Acción Popular (octubre 1932), en la que Gil Robles y los demás políticos vinculados a la jerarquía eclesiástica toman distancias de los monárquicos-alfonsinos y carlistas que con ellos compartieron la Acción Nacional creada en abril de 1931 por inspiración del Vaticano (V. Archivo Vidal i Barraquer, *Esglesia i Estat durante la segona republica espanyola*, I, pag. 41,

doc. 17). En febrero de 1933, un Congreso de entidades afines a Acción Popular se transformó en Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Dos meses después, la aprobación de la Ley de Congregaciones agravó la tensión entre el Gobierno y la Iglesia; el mismísimo Pío XI publicó su encíclica *Dilectissima Nobis*, eligiendo así «el camino de la confrontación directa con el Gobierno» (Santos Juliá, *op. cit.*, p. 251). Se trata -siempre según Juliá- «de una clara llamada a la desobediencia». Digamos por nuestra parte que el Vaticano descubría la mitad de su estrategia iniciando la otra mitad; la intervención en la política interior de España, enarbolando la bandera del catolicismo, que permitía abarcar un frente de toda la derecha española.

A este propósito Santos Juliá escribe algunas de las páginas más lúcidas de su libro:

«Azaña no percibió en su momento el riesgo que no ya su posición personal al frente del gobierno sino para la misma República podía representar este rearme político de los católicos y la identificación entre jerarquía de la Iglesia y organización de las derechas» (p. 248).

Y más adelante:

«No reflexionó sobre la posible capacidad de reacción de la Iglesia, sus recursos para encuadrar y movilizar masas populares» (p. 252).

La cuestión social

No acaba ahí la valoración crítica de algunos aspectos frágiles no del proyecto *político razonado* de Azaña sino de su confrontación con su aplicación concreta a la coyuntura española de 1931-1933, cuando el ascenso vertiginoso de su carrera política en menos de tres años pudo hacerle sobrevalorar sus propias fuerzas y proyectarle una imagen de las fuerzas adversarias o de las dificultades más reducida de lo que en verdad eran unas y otras.

Es el caso que en aquel año 1933 la llamada por eufemismo "cuestión social" se agravó notablemente; la CNT convocaba huelga tras huelga y no terminaba un golpe insurreccional cuando ya preparaba otro; huelgas y conflictos se sucedían en la construcción, ramo donde los anarcosindicalistas hacían evidentes progresos entre la mano de obra no cualificada y en gran parte procedente del sector agrario.

Por su parte, los pequeños y medios patronos de la construcción, agobiados por la coyuntura de crisis, endurecían más y más su actitud, y con frecuencia, desbordaban la legalidad republicana, fenómeno que era común a la pequeña empresa comercial e industrial. La crisis económica mundial que había entrado en su grado máximo en 1932 se hizo presente con fuerza en la

economía española en 1933; una de sus repercusiones importantes fue el aumento considerable del paro forzoso.

El enfrentamiento entre las dos centrales, UGT y CNT, adquiría por momentos tintes dramáticos y se veía cómo en algunas zonas, como la minería asturiana, los obreros iban a la huelga desoyendo los consejos del sindicato socialista.

Si la izquierda obrera dividida podía recortar la base de consenso del Gobierno, la presión de pequeños y medios propietarios sobre el ala derecha del radical-socialismo (Gordon Ordax, Valera...) acrecentaba las posibilidades de recorte. Sin embargo, el verdadero peligro venía por la derecha, sobre todo por el partido político de la Iglesia, la CEDA, con muy estrechos vínculos con los grandes propietarios de la tierra -y también los pequeños en Castilla, Navarra, Galicia, Valencia- y con las organizaciones de patronos. Entonces el peligro desestabilizador inmediato venía de ahí, más que del naciente falangismo, simple mimetismo de los fascismos extranjeros; de la extrema derecha monárquica y carlista -alta burguesía, aristocracia, militares, etc.- tascaba el freno pero afilaba sus armas.

Si Azaña no había comprendido toda la gravedad del peligro que venía de la derecha en cambio se exasperaba con la eterna rebeldía y la vocinglería del anarcosindicalismo; él insistía en su proyecto de integrar al proletariado en la obra de la República.

Una vez más el biógrafo no puede identificarse con el biografiado, y comenta así: «ese proletariado en que él (Azaña) está pensando es exclusivamente el organizado, o sea la clase obrera que se integra en el sindicato socialista. Fuera de ella sin embargo, hay toda esa clase baja trabajadora a la que no tiene nada que ofrecer excepto la paciencia». Y es la que más sufre con el desempleo. «Paralizada en todas partes la edificación privada y sin créditos para la pública, el paro reaparece cada invierno, cuando son menos los jornales agrícolas, con mayor fuerza».

Las organizaciones patronales de tipo corporativo se quejan al jefe del Gobierno; y éste no tiene otra cosa que ofrecerles que actuar de conciliador. «Azaña no percibe la extensión ni la hondura de la protesta patronal», dice Juliá.

Sin duda, como otros muchos intelectuales de clase media, está contra la injusticia social, contra las tradicionales desigualdades de una España un tanto arcaica. Pero no sabe cuál es la solución. Juliá cita unas palabras del presidente ante las Cortes el 11 de junio, que son una confesión de una total honestidad, pero no por eso menos dramáticas y representativas del problema de

la República, al responder a Sánchez Román: «¿Hasta dónde es compatible este auge, esta apetencia del pueblo español por levantar y mejorar el nivel de su vida con la existencia normal y fructífera de la producción? Yo no lo sé». Ahora bien, Azaña, que nunca perderá su talante ético, dice a continuación: «no es posible fundar una industria en la cual para animar al empresario tenga éste que descontar la miseria de sus colaboradores».

Se puede admirar la inteligencia política, la solidez ética y otros valores de un estadista sin por ello dejar de reconocer que hay un desajuste entre sus altas dotes políticas y su capacidad para resolver problemas que la circunstancia histórica le plantea. Me parece que éste es el caso de Santos Juliá cuando reconoce que ante el encrespamiento de los patronos, la radicalización de los sindicatos de tinte libertario y la resistencia pacífica pero tenaz de los socialistas, Azaña se queda sin tener nada que decir. Había tantos enemigos de Azaña, tanta pluma destilando injurias o falsedades sobre él, cuando como todo hombre, también tuvo sus limitaciones, sus contradicciones internas y, naturalmente sus "lagunas". Juliá interpreta esta realidad como una consecuencia de la inserción social e histórica de Manuel Azaña: «Tal es una de las más llamativas limitaciones de la generación política que forma la izquierda de la República. Muy probablemente, su procedencia social y su vida profesional desligada del mundo de los negocios, les hace insensibles a las exigencias de la economía». Y aquí recurre a un sociólogo: «Como ha definido Juan Linz, en España se había producido por su tardío desarrollo económico una clara diferenciación entre "burguesía" y "clase media". Brillan en esa generación abogados, periodistas, catedráticos, altos funcionarios, miembros de distintas profesiones liberales», o sea (según Linz) «una clase media e incluso alta poco ligada por lazos familiares con la burguesía industrial y mercantil localizada principalmente en la periferia».

Para Santos Juliá, Azaña es un representante eminente de esa clase media caracterizada por un difuso anticapitalismo y por la afirmación de la democracia como cauce para la solución del conflicto.

La hipótesis es muy sugestiva, aún con el riesgo que suelen tener las generalizaciones, entre ellas la de aplicar la famosa etiqueta de "clase media" sin ajustar lo bastante su conceptualización.

La ofensiva de la derecha

No era sin embargo tan cegato Manuel Azaña para no comprender que cuando desde la CEDA a los radicales se empezaron a dar gritos de «Abajo

Azaña», confundiéndolos con los de «¡Fuera del Gobierno los Socialistas!» y la virulenta campaña contra los Jurados Mixtos, se trataba de unos sectores sociales que no estaban dispuestos a ceder ni una porciúncula de sus beneficios (escasos, verdad es) para que hubiera menos hambre en España, y todo ello azuzado en una relativa sombra, por unas oligarquías, saciadas de todo secularmente.

Manuel Azaña aprendió, sin embargo, en el doloroso ejercicio del poder y en su todavía más dolorosa experiencia de 1934, perseguido y encarcelado por una conspiración del odio y del miedo cuya etiqueta social era la misma que la de esas asociaciones de propietarios rústicos, gremios patronales y la mal llamada Unión Económica, consorcio de bancos y grandes sociedades anónimas para quien la civilización cristiana se identificaba con la propiedad privada...

Cuando Manuel Azaña vuelva al Poder, empujado de nuevo por votos y razones, la experiencia le habrá enriquecido mucho en este y otros aspectos.

El libro de Santos Juliá no decae ni en una sola página de su interés ni al comentar cuándo y cómo se fragua la tormenta del 34; los propósitos y programas coyunturales de las fuerzas que integraban la coalición gubernamental de 1931-1933 se han dispersado, los socialistas preparan una solución de fuerza cuyos fines son interpretados de modo diferente por cada sector del partido; los catalanes de izquierda, en conflicto con el poder central sobre la Ley de Cultivos, están proclives a soluciones de fuerza poco meditadas, pero sí alentadas por la corriente *Estat Catalá* que, con Dencás, ocupaba la Consejería de Interior. Azaña ha rechazado los proyectos del PSOE desde que con mucha antelación se los expusiera Fernando de los Ríos.

Sin tiempo ni espacio para entrar en detalles, señalamos que aquí, en el capítulo 8, Santos Juliá plantea una incógnita interesante: ¿qué hacía Manuel Azaña en Barcelona, el 6 de octubre de 1934, cuando ya había regresado a Madrid tras el entierro de Carner? ¿Por qué volvió a la ciudad condal? Todavía en la madrugada del 6 de octubre (el mismo día en que Companys proclama el Estat Catalá dentro de la República Federal española) Manuel Azaña se iba al cine Coliseum con sus correligionarios y amigos Menéndez, Pérez Salas y Moles y luego, al amparo de la noche apacible, se sientan de tertulia a la puerta del hotel.

Pasan más cosas y entran más personajes en escena... no vamos a seguir, sino a recordar el título genérico puesto por Juliá: «Una presencia no suficientemente explicada».

Dejamos a quienes todavía no han leído la obra el sabor de seguir el relato hasta que en la mañana del 9 de octubre Azaña sea detenido en el domicilio del Dr. Gubern, en Barcelona.

Abrimos, pues, una solución de continuidad, sobre el periodo que va desde octubre de 1934 a marzo de 1935, que comprende el periodo de encarcelamiento en los navíos *Ciudad de Cádiz*, *Alcalá Galiano* y *Sánchez Barcáiztegui* hasta que el 28 de diciembre, día en que el Tribunal Supremo lo puso en libertad por no encontrar razones de procesamiento; y otro segundo periodo en que el enconado odio de "cedistas" y radicales monta una acusación contra Azaña por alijo de armas, en las Cortes, acusación que Azaña deshace por completo. Empeñados los gubernamentales en la acusación nombraron una comisión parlamentaria que acabó siendo casi de los "alguaciles alguacilados", cuando en julio no logró el "quorum" para seguir adelante.

Prescindimos ya de enumerar hechos conocidos históricamente y nos limitamos, a partir de 1935, al Azaña que habla a muchedumbres reunidas como jamás se había conocido y que es la primera figura, en verdadero olor de multitudes, de todo el arco político de la izquierda española. Preferimos destacar los nuevos conceptos avanzados por S. Juliá y, sobre todo lo que nos parecen principios categoriales para la interpretación de la Segunda República.

El azañismo

Pienso que éste es uno de los conceptos acuñados por el autor que vale la pena destacar.

Santos Juliá ve el comienzo de este fenómeno, o al menos de su cristalización, en otoño de 1934; y para ello se sirve de una simpática carta que la joven periodista Josefina Carabias dirige al preso en el *Ciudad de Cádiz*, donde además de expresarle su más afectuosa adhesión le dice que ella no tendrá más remedio que «hacerse *azañista* otra vez», como cuando era presidente del Ateneo. Esas declaraciones de "azañismo", de adhesión incondicional, se multiplican entonces por centenares y pronto por millares; seguirán también los partidos, en primer lugar la C.E. del PSOE; intelectuales como Américo Castro, Casona, Azorín, Marañón, Juan Ramón Jiménez, Oscar Esplá, León Felipe, Del Río Hortega, Valle-Inclán, Salinas y muchos más. Las firmas recogidas por su partido (I.R.) se aproximaron a ciento cincuenta mil. El éxito parlamentario al deshacer la torpe acusación del alijo de armas acrecentó su popularidad. Día tras día el movimiento de opinión que se presentaba como un rescate de la República se identificó más y más con la personalidad de

Azaña. Ser "azañista" se convirtió en una forma de definirse políticamente en la España de 1935. Para nuestro autor "ser azañista" no era tan sólo una muestra de adhesión cordial, sino también la convicción (emotiva, sin duda) de que sin Azaña la República estaba perdida. Azaña se convierte en la figura emblemática sin la cual no es posible pensar en unidad republicana y menos aún en unidad popular. Porque hay que tener en cuenta que tras los discursos "en campo abierto" (Mestalla, Baracaldo, Comillas) los cientos de miles que habían seguido sus palabras creían que Azaña era la piedra angular de una unidad popular que cada cual consideraba indispensable ya fuera para reconquistar las libertades y las reformas democráticas, ya como estación intermedia en el camino hacia metas más lejanas. Pero nadie dudaba de que lo primero era la amnistía de los presos y de los represaliados, la reforma agraria, la autonomía de Cataluña, la reposición de los Ayuntamientos democráticos y, sin formularlo netamente, la celebración de elecciones para dar un viraje fundamental hacia la izquierda. Porque también eran por decenas y cientos de millares las peticiones contra la pena de muerte que amenazaba las vidas de González Peña y de los mineros de Turón... y las adhesiones a Largo Caballero, las protestas contra el asesinato de Luis de Sirval a manos de oficiales de la Legión.

Hay más, S. Juliá señala cómo las organizaciones obreras, en cuanto pudieron expresarse, llamaban a sus afiliados y a todos los trabajadores a movilizarse para ir a los mítines de Azaña. Santos señala que la amplitud de esas movilizaciones desbordaba los límites que el propio Azaña pretendía para su coalición (la de republicanos con socialistas, propuesta por Azaña a Prieto pocas semanas después de ser liberado).

Porque Azaña se dio pronto cuenta de esa corriente política y emocional que hemos dado en llamar azañismo, siguiendo a Santos Juliá.

Y éste se preguntará: «¿cómo encauzar ese movimiento en el que participan trabajadores, empleados, profesionales y no pocos burgueses hacia una meta común?»

Ya hemos dicho que, contra lo que algunos suponen, el político Manuel Azaña, cuya experiencia política era todavía corta, aprendía todo el tiempo de ella. Naturalmente que él no quería (en parte por compartir las representaciones mentales de su medio y de esa clase media ya citada) eso del Frente Popular. Tampoco lo quería Caballero, por distintas razones. Tampoco lo querían al principio los comunistas (que se limitaban a traducir literalmente los títulos que los franceses ponían a sus movimientos de unidad, pero no los contenidos). Y cada uno a su manera tuvo que ceder, en una cuestión de pura forma. Caballero llega a decir en sus *Escritos de la República* que ese término (Frente

Popular) «no existía entonces, en el vocabulario de las izquierdas de España; eso se inventó después». (Como todos los vocablos, está condicionado por las necesidades de expresión y comunicación de los hombres en un tiempo histórico preciso y no viceversa; verdad es que Caballero, al redactar sus *Escritos* no tuvo a mano prensa española de febrero de 1936 para sacarle de dudas).

Pero volvamos a don Manuel Azaña; ante la heterogeneidad creciente de sus públicos y el aumento de sus auditores obreros, insiste en una idea-fuerza: para restaurar o liberar la República no hay otro camino que triunfar en unas elecciones. Santos Juliá apunta una precisión significativa; «en octubre, y en Comillas, *la coalición se vuelve frente*»; «seguramente apareceremos juntos en un frente electoral», dice entonces. Azaña ha comprendido ahora la necesidad de coordinar fuerzas obreras y republicanas, después de la dura experiencia de 1934-35 y no quiere que su objetivo de rescatar la República se confunda con la restauración del primer bienio. Había que ir a una más honda política de renovación y transformación social. Y así fue. ¿Hace acaso falta recordar que Azaña cumplió con creces el programa político de la coalición o frente popular que se había comprometido a cumplir y hacer cumplir?

Llegados a este punto sólo queremos enlazar con su concepto de revolución popular mencionado en las primeras páginas de esta recensión.

Más exactamente; la experiencia más reciente había confirmado a Azaña en su proyecto de estrategia social de la República. Había sabido captar el alcance de lo que S. Juliá llama "azañismo", fenómeno nada superficial, con fuertes ingredientes emotivos, que en una coyuntura muy precisa necesitaba agruparse en torno a una personalidad emblemática como la suya.

Ante las Cortes, y en la cabecera del banco azul, el 15 de abril de 1936 habló Azaña de «este fenómeno histórico grandioso del acceso al poder de clases sociales españolas que antes estuvieron desprovistas de él y que nuestro deber de políticos y de gobernantes es acercarnos a ese fenómeno por que transcurre España con un criterio nivelador e igualitario en lo económico y liquidar los altibajos de la sociedad española...».

Aquí termina la trayectoria histórica de Manuel Azaña, jefe del Gobierno de la Segunda República. En ese momento, después de conseguir la destitución de Niceto Alcalá Zamora, se apresta a conquistar la presidencia de la República apoyado por los votos del "azañismo": partidos y organizaciones del frente popular y otros grupos políticos situados incluso en el centro y centro derecha...

Santos Juliá confirma, con razones suficientes, que la candidatura de Azaña a la presidencia fue una decisión personal «tomada por motivos políti-

cos». ¿Cuáles serían éstos? El autor vuelve aquí a su concepto de "azañismo" definido como «aquel movimiento popular republicano surgido al calor de los mítines en campo abierto... única posibilidad que quedaba con el sistema republicano de aunar fuerzas dispares con vistas a la salvación de la República» (luego era una alianza -pienso yo- de clase media con clase obrera, dicho de manera sumaria).

La conclusión de Santos Juliá es:

«Azaña resolvió salvar el azañismo elevándolo por encima del gobierno hasta sentarlo en la presidencia de la República».

La obra termina ahí, en el umbral del mandato de Azaña como primer magistrado de la República. El destino -o mejor dicho, la historia- reservaba a la República y a Azaña un trágico desenlace. Dos meses después de su elección el estallido de la guerra civil hacía saltar en pedazos el proyecto político de Manuel Azaña.

En resumen: es ésta una gran biografía política, rigurosamente cimentada y expuesta. No es, sin duda, la historia de la Segunda República, pero sin conocerla no se puede conocer bien lo que fue ésta última. Estamos, pues, ante una obra clave para la historia de España en el siglo XX. Eso sí, nos hemos quedado sin la segunda parte, sin el Azaña que nos falta, el que tuvo *la auctoritas*, pero no tuvo el mando, el poder decisorio.

Estamos convencidos de que Santos Juliá ya piensa en ello.